

JULIO PELLICER

Pinceladas

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

MANUEL REINA

Y VERSOS DE

SALVADOR RUEDA

91-6-23.



R.-23.7.13

[Signature]

CÓRDOBA

Imprenta LA PURITANA

1897



PINCELADAS

JULIO PELLICER

PINCELADAS

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

MANUEL REINA

Y VERSOS DE

SALVADOR RUEDA



R.-23.713

CÓRDOBA

Imprenta LA PURITANA, Duque de Hornachuelos, 13

1897

R-254

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

AL

Conde de Cárdenas

Amigo querido: Escribo su nombre ilustre al frente de mis trabajillos, para darme el gustazo de hacer pública la gratitud inquebrantable que le tengo á V. por las cariñosas atenciones que siempre me ha dispensado.

Tal como yo he sabido trazarlas, le ofrezco estas inseguras PINCELADAS del rutilante cuadro que tiene por asunto deslumbradoras escenas de nuestra Córdoba bella. Acéptelas y se verán colmados entonces los deseos de su leal amigo

Q. L. B. L. M.

Julia Pellicer



Julio Pellicani

CARTA DE MANUEL REINA

Sr. D. Julio Pellicer:

Me honra usted mucho, querido amigo, pidiéndome unas líneas para insertarlas al frente de la última producción de su lozano ingenio y, gustosísimo, respondo á su indicación amable, expresando en esta carta, escrita al vuelo, la impresión que la lectura de su flamante obra me ha producido.

Artista de cuerpo entero, enamorado del color de nuestros campos y de las radiantes lumbreras de nuestro sol, ha trazado usted con pincel espléndido el fulgurante cuadro de las costumbres cordobesas.

De las páginas de su libro, más brillantes que correctas, surge á los ojos del lector la adorada imagen de nuestra bella capital llena de alegres fiestas, de mujeres hermosas, de coruscantes matices, como de abejas, mariposas y flo-

res un rosal en primavera. Córdoba, la tierra del arte arábigo, de las verbenas, los toreros, los jardines y las serenatas; Córdoba, el pueblo de los ojos negros, de los cantares y el dorado vino; Córdoba, la sublime musa que tiene por lira de plata el melodioso Guadalquivir, resplandece gallarda y seductura en los esmaltados artículos de PINCELADAS, cuyas cláusulas vibrantes sueñan en mi oído con notas de guitarras, de panderos y castañuelas.

Auras frescas y bullidoras esparcen el regocijo de la vida andaluza por todas las hojas de su libro, donde la juventud del corazón sonríe, como la espuma del Montilla en irisado cristal.

Reciba usted mi enhorabuena y disponga á su talante de su afectísimo compañero

MANUEL REINA

!!SANGRÍA!!

¡¡SANGRÍA!!

Las franjas de azulejos del campanario próximo, así como las férreas veletas é imantadas varillas del mismo, simulan deslumbreadores reverberos al ser bañados unas y otras por un sol *de justicia* que arranca vivos destellos á los aleros de los tejados y pelea con furia por atravesar el tupido toldo que forman las verdes hojas de una frondosa parra que cobija un patio muy andaluz, con arriates llenos de dompedros, miramelindos y olorosa albahaca, donde alegremente pasarán las horas los invitados á la *sangría*.

En el patio no se perciben las conversaciones de los vecinos de la casa, ni el monótono zumbir de los abejorros; reina un si-

lencio solo comparable al de las tumbas. Silencio que interrumpe, con su llegada á la fiesta, la gente bullanguera y jacarandosa que pone *en planta* á los durmientes.

Unos ahora, otros después, abandonan, ellas, sus mantoncillos, dejando ver talles flexibles y senos turgentes que manojos de nardos adornan; ellos, chaquetas y chalecos, que dejan al descubierto los bordados de las pecheras en que tanto esmero pusieron las manitas que en ellas trabajaron.

El supremo instante de dar comienzo á la *sangría* no se hace esperar; todos se poseionan del patio y entonces sale á plaza el ancho y vidriado lebrillo donde ha de ser aliñada.

Los más competentes en ello discuten la cantidad de agua que ha de echarse al vino, que desde bien tempranito se puso á enfriar; porfian mucho y no llegan á un acuerdo.— «¡Vamos, güeno está de *cualesquiera* manera!» —objetan algunos, y el ruido que producen el vino y el agua al caer en el lebrillo, corta la polémica.

Las astillas de canela y las rajadas de limón flotan, á poco, sobre la amoratada superficie

del refresco que cata á pequeños sorbos, saboreándolos mucho, el director de la faena, quien, si juzga que la cosa está en su punto, provisto de un cucharón enorme llena los vasos cuyo contenido es trasegado en un periquete.

Aunque se dice que *la sangría agacha pero no emborracha*, las continuadas libaciones trastornan las cabezas; cesa algún tanto el ir y venir del cucharón y la gente de la fiesta, alegrados los ánimos, se entrega á las delicias del baile, durante el cual las amarteladas parejas giran y giran una vez y otra, como en torno de los frutos de la parra giran y giran, hasta posarse, las rubinegras avispas.

Fatigados ellas y ellos por el baile, se agrupan en corrillos. En este bromean los jóvenes y escuchan las mozas muchos requiebros; en aquel hablan los padres de las dificultades de la vida y de *lo malo que se va poniendo todo*.

El *tocaor*, abrazado casi á su instrumento, rasguea unas malagueñas con gran satisfacción y contentamiento de un mozo que alisándose los tufos, cierra los ojos, alarga el cuello cuanto puede y se *arranca por lo jondo*

lanzando al viento esta elegía de la musa popular:

*Vivo solito en el mundo
Y de mi naide se acuerda;
Busco en los árboles sombra
Y los árboles se secan.*

—¡Olé por lo bien cantao!...—grita con entusiasmo un vejete, de carácter jovial, que atento ha escuchado el cantar desde el ancho portalón que dá acceso al patio.

—¡Entre osté, tío Juan!...—replica el aludido ofreciendo un vaso de *sangría* á su piropeador...

—Así, ¡hasta verte, Jesús mío!—apunta uno del corro, en tanto que el tío Juan se limpia sus enjutos labios con el revés de la mano.

Todos bromean con el viejecillo y mientras se disputan su compañía, él la emprende con la olvidada *sangría* y apura el contenido del barreño.

Como el vinillo, aunque mezclado con agua, es perturbador, el tío Juan acaba por *tomarla* y cuando llega la hora del crepúscu-

lo y la reunión termina, él duerme profundamente, soñando acaso con los felices años de su mocedad, y contesta con ronquidos á los zarandeos de la gente moza.

DOMINGO DE PIÑATA

DOMINGO DE PIÑATA

Momo descansa; la gran bacanal carnavalesca le causó daños terribles. Diríase al verlo pálido, con los miembros enervados, con marcadísimas ojeras, que las alegres setenta y dos horas de no interrumpida disipación agostaron en él todas las energías, las carcajadas vibrantes y el desenfreno desmedido.

Ahora, huraño, permanece en inactividad.

Aguarda oír una voz que le diga como al justo Lázaro:—¡Levántate y anda!—Al escucharla, olvidando las tristezas del *Memento homo*, podrá levantarse, revolverse gustoso entre el torbellino delirante de sus prosélitos y aturdirlos con risas engañosas é inmenso

júbilo, para ocultar así su extremado cansancio, su ruínosa vejez y sus lamentos agónicos...

Los albores del Domingo de Piñata son para él la voz impacientemente esperada.

Loco, el decrepito diosezuelo, agita con mano nerviosa los dorados cascabeles que de su cetro penden. Quiere enloquecernos con el repiqueteo sonoro de ellos, y hasta el aire, agitando los alegres sonos que inundan la ciudad, creo que se presta á realizar tamaño empeño.

Al abrir los ojos, ruidos de cascabeles alborotan á las mozas, ruidos de cascabeles regocijan á los mozos, ruidos de cascabeles alegran á los muchachuelos y ruidos de cascabeles perturban las cabezas blancas de los viejos, quienes, al percibirlos, olvidan la realidad amarga del presente y las negras ideas que picotean de continuo sus cerebros con ansias de buitre.

Las lumbres del astro de oro no tardan mucho en iluminar el extraño contraste de colores de la chillona mascarada que se desparrama por las calles, llena los cafés, invade

los paseos, asalta con ligereza los coches y en todas partes formula la misma pregunta.

—¿*Me conoces?*—gritan varias viciosas empedernidas, carne del lupanar, zarandean-do á un jóven enclenque, adorador de la crápula.—¿*Me conoces?*—preguntan hombres disfrazados de mujeres.—¿*Me conoces?*—preguntan mujeres disfrazadas de hombres.—¿*Me conoces?*—pregunta una turbamulta de rapaces cubiertos con harapos. De los abigarrados remolinos de grotescas máscaras siempre, siempre, surge igual pregunta, que son impotentes para ahogarla los ruidos ensordecedores de la calle, las músicas de las comparsas y las voces de los borrachos.

Cuando reemplazan á los rayos esplendorosos del sol las violáceas tintas del crepúsculo, la general locura tiene una tregua, corta en verdad; y luego, las luces amarillentas del gas y las rutilantes lamparillas eléctricas alumbran sedas, piedras preciosas, plumas, rostros de mejillas de leche y rosas, caretas, desnudeces, *fracs* ridículos de los calaveras que, sedientos de placer, se divierten hasta el último minuto del reinado efímero de Momo girando abrazados, ébrios

por el contacto de la carne, al compás de los vales de Strauss ó de una desenfadada habanera.

Aun duran las bromas, las risas, las músicas, los bailes; la espuma del preciado Champagne se desborda de las copas y el *Montilla* dora los vasos que lo contienen, cuando las campanas de los templos llaman á la primera misa del primer lunes de cuaresma.

Desesperado Momo deja de agitar sus cascabeles apenas comienzan los tañidos de las campanas; ve en los rostros la palidez de los cadáveres, los cuerpos extenuados por el cansancio, y gozoso de su obra huye á esconderse, no sé adonde, para que reine la dama de enlutadas tocas.

Dama austera que impone centuplicadas penitencias y hace que nos abismemos en religiosas meditaciones que purifican el alma.

LOS VENTORRILLOS

AL AMIGO

José María Molina

